



Bebíamos ponche ligero, siguiendo la moda de mi juventud. Estábamos sentados al amor del fuego, mis primos Érard, sus hijos y yo. Era un atardecer de otoño, teñido de rojo por encima de los campos arados anegados de lluvia; el ocaso en llamas hacía presagiar un fuerte viento para el día siguiente; los cuervos graznaban. En ese frío caserón corrientes de aire por todas partes, cargadas del olor áspero y afrutado de la estación. Mi prima Hélène y su hija, Colette, tiritaban bajo los chales que yo les había prestado, unas estolas de cachemir de mi madre. Como todas las veces que vienen a verme, me preguntaban cómo hago para vivir en esta ratonera, y Colette, que está en vísperas de casarse, me hacía el elogio de los encantos del Moulin-Neuf, donde irá a vivir en adelante, «donde espero verle a menudo, primo Silvio», decía. Me miraba con pena. Soy viejo y pobre, y estoy soltero; vivo retirado en una casu-

cha de labor en el interior de los bosques. La gente sabe que he viajado; que me he comido mi herencia; hijo pródigo, cuando volví a mi tierra natal, hasta el mismo ternero gordo se había muerto de viejo, tras haberme esperado largo tiempo en vano. Mis primos Énard, comparando mentalmente su suerte con la mía, me perdonaban sin duda todo el dinero que les había pedido prestado sin devolvérselo y repetían con Colette:

—Aquí vive como un salvaje, ¡pobrecito! Tendrá que ir a casa de nuestra pequeña cuando se haya instalado y pasar en ella la estación del buen tiempo.

Pero, aunque ellos lo duden, tengo mis buenos momentos. Hoy estoy solo; han caído las primeras nieves. Esta tierra del centro de Francia es a un tiempo agreste y rica. Cada uno vive en su casa, en su propiedad, desconfía del vecino, recolecta su trigo, cuenta su dinero y se despreocupa del resto. Nada de quintas ni de visitas. Reina aquí una burguesía muy próxima aún al pueblo, recién salida de él, cuya sangre no se ha empobrecido y que gusta de todos los bienes de la tierra. Mi familia cubre la provincia de una red extensa de Énard, de Chapelin, de Benoît, de

Montrifaut; son grandes arrendatarios, notarios, funcionarios, terratenientes; sus casas son señoriales, están aisladas, construidas lejos del pueblo, protegidas por portones hoscos cerrados con triple cerrojo, como puertas de prisión, precedidas por unos jardines insulsos, casi sin flores: nada más que hortalizas y árboles frutales podados en espaldera para que produzcan más. Los salones están atestados de muebles y siempre cerrados; se vive en la cocina para no tener que encender el fuego en las chimeneas. No me refiero a François y Hélène Érard, por supuesto; no conozco morada más agradable ni más acogedora, hogar más íntimo, más risueño y más cálido. Y sin embargo, para mí nada vale un atardecer como este: la soledad es completa; mi sirvienta, que se va a dormir al pueblo, acaba de hacer entrar las gallinas y se marcha a su casa. Oigo el ruido de sus zuecos por el camino. En cuanto a mí, mi pipa, mi perro entre las piernas, el ruido de los ratones en el desván, el fuego que silba, nada de periódicos ni de libros, una botella de juliánas que se calienta lentamente junto a los morillos.